

EL MUSEO LITERARIO,

PERIÓDICO SEMANAL

DE

CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

ILUSTRADO

CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS Y GRABADOS

EXECUTADO POR LOS MEJORES ARTISTAS ESPAÑOLES.

Tomo II.

VALENCIA:

IMPRESA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.

1865.

Ayuntamiento de Madrid

EL MUSEO LITERARIO

REVISTA SEMANAL

REVISTA LITERARIA, HISTORICA Y COMERCIAL

NUMERO 11

CON LA LECTURA DE LOS MANUSCRITOS Y DOCUMENTOS

DE LOS SIGLOS XIV Y XV

Tom II

1871

IMPRESA DE LA REVISTA LITERARIA

1871



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 1.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 1.º Enero 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

A nuestros suscritores y al público, por la Redaccion.—El día de Reyes, por D. Pedro M. Yago.—El Matrimonio, por D. Enrique Vivanco y Menchaca.—Elocuencia antigua y moderna, por D. Narciso Campillo.—Rodrigo Díaz de Vivar (el Cid), por D. Manuel Juan Diana.—Ante la tumba de mi madre (poesía), por D. Teodoro Martel.—Las indirectas del Padre Cobos (fábula), por Don Juan Eugenio Hartzenbusch.—Puente de El-Kantara, sobre el río Rummel, en Constantina, Láminas. Puente de El-Kantara, sobre el río Rummel, en Constantina.—Routchouq, poblacion turca junto al Danubio.—El año que muere y el año que nace, caricatura.

A NUESTROS SUSCRITORES Y AL PÚBLICO.

Reconocidos en extremo al favor que nos han dispensado nuestros suscritores desde que apareció el primer número de EL MUSEO LITERARIO en el estadio de la prensa, deber nuestro es dar las mas expresivas gracias á nuestros estimados colegas de Madrid y provincias por las lisonjeras frases con que han recibido cuantos artículos y grabados hemos publicado.

Damos tambien las mas sinceras gracias á cuantos escritores nos honran con su colaboracion, sabiendo todos de hoy mas que las columnas de nuestro Semanario son suyas, consiguiendo de este modo nuestros deseos encaminados á que EL MUSEO sea la mas ge-

nuina expresion de la literatura española.

La galeria de retratos y biografias de escritores contemporáneos que estamos publicando ha merecido los mayores elogios de toda la prensa, solo nos faltaba ensanchar su círculo, dando en ella cabida á los artistas mas notables, y desde luego empezaremos á dar á la estampa sus retratos.

Nuestro objeto es propagar los amenos conocimientos de las ciencias, la literatura y las artes, despertando la aficion á la lectura útil, sosteniendo la aficion á las bellas letras en nuestra Península.

La parte material del Semanario nos complace en manifestar que es excelente, gracias á los conocimientos que como tipógrafo posee D. José Rius, á los acreditados dibujantes señores Bergon, Asenjo, Garnele y otros varios, al entendido litógrafo señor Alegre, y á los grabadores señores Severini Lopez y Ruano.

Una invitacion nos resta hacer, y esperamos que la reproduzcan todos nuestros estimados colegas en las columnas de sus apreciables periódicos.

Cuantos hombres estudiosos y aficionados á las glorias de su pais tengan en su poder dibujos ó escritos originales que sean de interés y puedan amenizar EL MUSEO, así como vistas de los monumentos principales de las provincias de España, y de los sucesos que en ellas puedan ocurrir, esperamos se servirán remitirlos á esta Redaccion, con la cual se entenderán los remitentes en todo lo relativo á su insercion.

LA REDACCION.

EL DIA DE REYES.

En este día los pueblos cristianos conmemoran aquel de las santas tradiciones de su religion, en que, descendiendo de su altura, las magestades de la tierra se apresuraron á pagar tributo á la Magestad que en el mundo venia á simbolizar el Dios hombre.

Grande, inmensa, la promesa de paz que entonces nacia con el sublime esplendor de la modestia y de la humildad, grandezas desconocidas antes que el ejemplo del Dios humanado nos las enseñase, habia de pasar por innumerables vicisitudes y habia de llevar la vida de generaciones sin cuento.

Símbolo la débil existencia mortal de la tierna criatura que entonces nacia en el modesto portal de Betleen, de la azarosa via que por espacio de muchos siglos habia de recorrer la idea destinada á redimir á toda la humanidad, aparecia sin defensa ninguna ante los fuertes de la tierra.

Siempre la verdad aparece sola y rechaza toda ayuda; la verdad no necesita sino de sí misma. Así debia parecer ante sus enemigos el Dios de la verdad y de la justicia.

Aquella vida cuya riente aurora alegraba el miserable asilo de Betleen, habia de concluir en tenebrosa noche de tempestad y horrores; aquella vida, débil arbusto que iba á combatir el huracán desenfrenado de las pasiones humanas, habia de caer al impetuoso furor de éstas.

Dios lo sabia: la fe del hombre hubiese vacilado; Dios, empero, hacia cumplir sus designios irrevocables, porque al extinguirse

el aliento vital entre los labios del Redentor, no se habia de extinguir la idea de redencion.

Nuevos mártires habian de sucederse, y la idea habia de correr oculta á través de las generaciones, para reaparecer siglos adelante, y decir á los hombres: yo soy la idea del Redentor del mundo, que vengo á recordaros el martirio que por vosotros sufrió el hijo de Dios; que vengo á daros la interpretacion del cruento misterio que enrojeció con divina sangre la cumbre del Gólgota.»

A esto venia al mundo el hijo de María, para esto nació en pobre lecho de paja el Rey de reyes; para identificarse con la causa de los pobres, de los humildes, de los desamparados de la tierra.

Siglos y siglos ha sido preciso que transcurriesen para que la profunda enseñanza que este hecho simbólico encierra, dejase de ser un secreto guardado dentro de la tradicion, como la perla dentro de su concha, y se revelara en hechos, y se infiltrara en los lazos y manera de ser sociales, y lo comentara la ciencia, y llenara el mundo.

Así ha sido. Los designios de Dios se están cumpliendo; inmenso es el desarrollo del germen salvador; nosotros lo vemos cada vez y donde quiera que la mano de la caridad derrama consuelos: empero todavía el germen espera la hora de fructificar; todavía el error y la injusticia prevalecen en la tierra, la idea que subió al Gólgota con Jesucristo, todavía mana sangre en Polonia y exhala secretamente dolorosos ayes en Hungría, en Irlanda y en Italia.

A esto venia al mundo entre pobres pañales el hijo de María; para esto nació á la vida mortal el Dios hombre: esto era lo que iban á solemnizar en tan modesto asilo las magestades de la tierra; la idea de Dios encarnada en cuerpo humano, la idea del bien destinado á cernerse sobre diademas y harapos, sobre señores y esclavos, sobre los desvalidos y los poderosos.

Esto conmemora el día de los Reyes.

Para los niños, segun les cuentan sus cariñosas madres, todos los años nace el Hijo de Dios en el mismo humilde portal; todos los años en la misma noche los Reyes Magos han de ir á adorar al recién nacido cargados de ricos presentes, tanto mas ricos cuanto mejor les saben, tanto mas ricos cuanto mas se parecen á los que á sus ojos ostentan las adornadas confiterías que en la velada de este día acaban de recorrer con sus padres.

Con esta cándida preocupacion en la mente, los niños recuestan su cabecita en la almohada, seguros de que aquellos reyes que van á adorar al Dios niño han de pasar por su calle y, de camino para el santo portal de Betleem, han de escalar sus balcones para depositar en ellos una parte de los regalos que llevan al objeto de su adoracion.

Tan bella creencia dá motivo para que en la noche de Reyes, gentes de mal gusto, siguiendo una costumbre arraigadísima, recorran en grotesca comparsa las calles de la poblacion á la luz de hachones de viento, llevando delante uno ó dos muchachos vestidos con ridículos harapos, y ceñida su frente con una corona de carton.

Síguelos el infernal rumor de cencerros y gritos de los que les acompañan, entre los cuales suele ir alguno con una escalera de mano sobre sus hombros, en la cual se supone que debe encaramarse uno de los de la comitiva para divisar desde lejos á los reyes que vienen. Efectivamente, esas grotescas comparsas figuran que *van á esperar á los Reyes*.

Ibamos á concluir este artículo manifestando nuestra opinion en contra de esta costumbre, pero desistimos de hacerlo por la respectable razon de ser que tiene toda práctica arraigada, y porque vemos que toda tradicion que permanece viva á través de las generacio-

nes, solo vive comunmente traducida y adulterada á los ojos de la multitud con semejantes demostraciones.

Ya hemos dicho lo que simboliza y conmemora esta solemnidad para el mundo cristiano: el día de los Reyes es para los creyentes *el día de los humildes*.

PEDRO M. YAGO.

EL MATRIMONIO.

Un escritor humorístico del vecino imperio ha dicho que el matrimonio se debe pensar toda la vida, ó lo que es igual, que no debemos casarnos nunca; y otro autor sério, muy sério, el ilustre Chateaubriand, también ha escrito algo corroborando la misma idea, aunque en un sentido ascético. Somos de parecer que ambos señores, á pesar de su gran talento, no entendian de la misa la media en achaque de amores.

Empecemos por definir el amor, puesto que el amor es la piedra angular sobre que descansa el magnífico alcazar de Himeneo.

Tout est mystere dans l'amour,

ha dicho un gran pintor de la naturaleza humana. Nadie por lo tanto, debe remontarse hasta las fuentes ocultas de este sentimiento que, acaso encierre el secreto de la creacion universal. En efecto, todo cuanto abarca nuestra vista y todo cuanto alcanza nuestro entendimiento, obra por afinidades y simpatías que mutuamente se atraen y compenetran, produciendo en perpétua gestacion la vida que anima á nuestro planeta, en el cual todo varia de forma y nada se aniquila. Esta es la ley inmutable: *todo nace para morir, todo muere para renacer*. ¿Por qué este movimiento armonizado sin variacion desde el principio del mundo no ha de haber sido creado por la expansion de un amor primitivo, ó mejor dicho, por el amor mismo en su esencia inmanente y eterna?

Pero bajemos de alturas en que nuestros ojos quedan deslumbrados, y veamos la manera cómo se ha comprendido hasta hoy el amor por las inteligencias privilegiadas.

Para los espiritualistas el amor es:

«Un hombre y una mujer que se funden en un ángel;»

«Una gota celeste que el cielo ha derramado en el cáliz de la vida para corregir su amargura.»

Segun los materialistas, el amor no es otra cosa que:

«El cambio de dos caprichos y el contacto de dos epidermis.»

Para los filósofos cristianos, el amor es *todo el corazon y el corazon á la vez es todo el hombre*. De tal modo ha sido el hombre criado para el amor, dice Alfonso de Lamartine, que no llega á sentir que es hombre hasta que ama: desde este momento se pára, se reconoce y se encuentra en el fondo de su destino. Inútilmente procuraríamos llevar nuestra investigacion hasta el origen de esas agitaciones inefables con que el amor se nos revela al nacer. Ya lo hemos insinuado anteriormente. El amor, como todo lo que se refiere al fondo de nuestra naturaleza, es un abismo insondable de cuya profundidad brota y se eleva el instinto infalible, que nos lleva en los brazos piadosos de la fé.

Dos jóvenes se encuentran por la primera vez y al mirarse ya se aman: ¿Cómo se verifica este prodigio? ¿Qué mano ha hecho resonar á un mismo tiempo dos notas que se hieren mutuamente al salir de sus claves misteriosas? No lo sabemos; pero estamos cierto de que el fenómeno se verifica. El que no concibe el amor de esta manera no es capaz de saber lo que es amor. Así lo asegura Victor Hugo, y esta es también nuestra humildísima opinion.

Por lo demás, estamos persuadidos de que

seria ocioso cuanto hiciéramos para demostrar teóricamente la existencia de esos fluidos magnéticos que en solo un instante, relacionan y estrechan dos existencias quizas por una eternidad. En materia de sentimiento, es necesario sentir para creer y creer para comprender. Los argumentos inductivos que pudiéramos emplear en el caso presente, se estrellarian de seguro sobre la coraza de los que han nacido desdichadamente organizados, y de los que, á fuerza de una voluntad torpe y suicida, han llegado á poseer un corazon que ellos creen de acero, pero que en realidad es de palo.

Esta clase última la constituyen los egoistas y los pervertidos, esto es, los que no conocen mas que su *yo* y los que no saben á dónde está su *yo*, porque lo abandonan aturdidamente en todas partes. Ambos, sin embargo, deben comprenderse bajo la denominacion de solteros recalcitrantes; y ya que el tipo se nos viene á la pluma diremos de él cuatro palabras.

El solteron ó *ente incompleto*, como le llama Francklin, no se apercebe bien de su estado hasta que empieza á sentir ese frio glacial que, como un soplo anticipado de la muerte, precede á los últimos años de la vida. —Entonces, comprende aunque tarde, que el hombre solo representa la mitad de su especie y que la otra mitad es la mujer. Así salió el ser humano completo de las manos del Criador, y así continuará fatalmente hasta el día que, en vez de agua, arroje séres inmortales el torrente sagrado del Cedron.

Sin duda es intrépido y seductor en la primera juventud surcar el mar de la vida saltando sobre las ondas, suspendido entre abismos, al crugir de los mástiles y al silbo del férvido huracán. Aun concederemos algo mas. Acaso pueda ser conveniente, dada la manera de ser de nuestra sociedad actual que cada hombre adquiera por sí mismo el conocimiento práctico de una vida turbulenta y desarreglada; porque el escarmiento que vá anejo á estos desórdenes, se convierte luego en el mejor preservativo contra las seducciones y extravíos trascendentales en que suelen caer los que pasan al estado superior de la vida, faltos de la enseñanza necesaria. Mas ¡ay del miserable que trastornado por el éxito de algunas empresas fáciles, trata de convertir en profesion el aprendizaje, y en sistema de conducta permanente la liviandad, la mentira y la impureza, que solo se perdonan á la fogosidad irreflexiva de los primeros años! Como buque sin timon ni arboladura, flotará perdido á merced de las corrientes, hasta que las aguas vivas le arrojen de su seno, echándole en el líquido fétido del mar muerto, esto es, en el lazaretoapestado de la indiferencia y del desprecio donde se consumen de tedio y remordimientos los egoistas y los calaveras envejecidos.

El hombre ha nacido para luchar, mas no para vivir entre borrascas. Lo primero le eleva y ennoblece; lo segundo le domina y le destruye. Despues de haber arrostrado de frente la tempestad, necesita echar el ancla en un puerto seguro; en una palabra, necesita crearse una familia, y buscar en ella la única, la verdadera felicidad que solo se encuentra en la zona templada de las pasiones. El que se empeña en apurar hasta el fondo la copa del deleite, habrá de gustar por fuerza lo amargo de las heces.

«No hay corazon á quien la naturaleza no haya destinado otro corazon,» ha dicho Fontenelle. Y cuando llega el instante de este feliz encuentro, necesario es que nos detengamos para decir á la compañera que nos depara la suerte: «Tú eres la carne de mi carne y el alma de mi alma;» reasumiendo así en esta divina unidad todas las potencias inteligentes y sensibles que se encuentran separadas en cada mitad del ser humano.

El que aturdido con el ruido del mundo no oye la voz santa de la conciencia cuando le llama ante el ara sagrada, es un insensato, digno solo de compasión, que de seguro le alcanzará la hora en que lllore en la soledad su arrepentimiento. Si, porque llega un día de sombras y desaliento, en que el hombre que no se ha creado una familia, se encuentra solo y abandonado en el mundo, con las ilusiones perdidas y el hielo de los desengaños en ese triste invierno de la vida, cuya primavera ya no vuelve.

Antes de concluir estos desaliñados apuntes, emitiremos una opinión particular que tal vez escandalice á mas de una persona timorata. Y es que, por lo que á nosotros concierne, aceptaríamos para esposa, antes que á la *mujer fuerte* de los *Proverbios*, á la pastora tiernísima del *Cántico de los cánticos*.

ENRIQUE VIVANCO Y MENCHACA.

ELOCUCENCIA ANTIGUA Y MODERNA.

La elocuencia, esa facultad brillante que convence la razón y cautiva la voluntad, ha existido siempre; porque siempre los hombres han tenido pasiones y han sido animados por el calor del sentimiento, que es su verdadero origen. Antes de que las tribus diseminadas por la superficie de la tierra llegaran á juntarse constituyendo nacionalidades, se habían pronunciado arengas llenas de fuego y energía. Pero estas arengas, aunque muy apasionadas, como debieron ser en los primitivos tiempos cuando los ánimos no se hallaban enervados por la frialdad que lleva consigo la refinada cultura, no podrían presentarse como unos modelos, porque carecerían de aquella regularidad y orden, que se advierten en las obras maestras. De los primeros imperios que se fundaron sabemos que vivían bajo las duras penas de gobiernos despóticos, y con el despotismo enmudece la elocuencia. Por tanto ésta no se cultivó hasta que los pequeños Estados de Grecia se constituyeron en repúblicas, donde todas las graves cuestiones, todos los negocios de interés común, se decidían en una junta compuesta por el pueblo, donde cada cual emitía libremente su parecer, pues así estaba dispuesto por las leyes. Al principio las cuestiones se proponían sencillamente, sin estudio y desnudas de todo ornato; pero bien pronto se conoció el poder que la elocuencia presta á toda proposición: mucho mas cuando ha de resolverla un auditorio numeroso, ignorante y apasionado. Todo aquel que había de hablar en público, se dedicaba á la oratoria, asistiendo á las escuelas que ya por entonces se abrían en Atenas y que mas tarde se hicieron tan célebres. La elocuencia era estudiada con ardor como el medio mas poderoso para conseguir poder y honores; pero muchas veces conducía al destierro y á la muerte misma.

Entre los primeros oradores brillan Pisistrato que con su astucia se apoderó del mando; Clístenes, que reformó las leyes establecidas por Solón; y Temístocles; orador tan elocuente como profundo político. A éste se debió la victoria de Salamina por su acertado consejo; á éste veneraba el pueblo ateniense hasta el punto de levantarse todos y descubrirse con respeto cuando entraba en el teatro; pero al fin, condenado al destierro, murió lejos de su patria y entre los mismos persas á quienes tantas veces había vencido. Aparece Pericles, el partidario del pueblo, y con él adelanta un gran paso el arte de la persuasión. Su manera variada en extremo, ya enérgica, impetuosa y vehemente, ya fácil, graciosa y delicada, le dió tal poder que por espacio de muchos años ejerció un imperio absoluto á pesar de la obstinación de sus enemigos y del carácter caprichoso y voluble de los atenienses. Conocía

muy bien el espíritu de que se hallaban animados, y los nombres de patria, libertad é independencia eran tan poderosos en sus labios, que Grecia entera se levantaba como un solo hombre para ofrecer sus riquezas al tesoro público, y sus hijos á las filas del ejército. Cleón, Alcibiades, Teramercos y Cricias, son también de esta época. Pero cuando después de la guerra del Peloponeso aparecieron los sofistas, la elocuencia decayó de la altura y esplendor á que antes había llegado. Ellos, dando reglas para todo, esclavizaron el entendimiento, abusaron lastimosamente de la razón y corrompieron el gusto. De Gorgias, el mas famoso de estos, sabemos que usaba de un estilo amanerado y sutil en demasía y no conforme con los inalterables preceptos que dicta la naturaleza. Sócrates desterró de la oratoria aquel inútil adorno y aquella estudiada sutileza que caracterizan á los sofistas, y la revistió con la sencillez hermosa de la verdad y la fuerza irresistible de la razón. Siguen Lisias, á quien llama Cicerón delicado y elegante, el sentencioso Isócrates y su amigo Iseo. Este se dedicó exclusivamente á la oratoria judicial; y mas que por sus discursos, es conocido por haber estudiado en su escuela el gran Demóstenes. En este hombre extraordinario se reunieron muchas de las brillantes prendas con que se habían distinguido los otros oradores; por lo que consideraremos su elocuencia como la expresión unánime de la elocuencia griega.

Demóstenes es nervioso y conciso en el estilo, apasionado y vehemente en la recitación y mas feliz que nadie para comunicar á su auditorio todas las pasiones de que se hallaba poseído su espíritu. Tan pronto escita el odio y el desprecio para con los traidores, como la gratitud y veneración hacia los ilustres héroes, que murieron peleando en defensa de su patria. Ya aterra á sus adversarios con sus admirables rasgos oratorios y hace que contra ellos se dirija la indignación de los atenienses, ya entusiasmando al pueblo, lo lanza contra el rey de Macedonia, enemigo de Grecia. Jamás Filipo tuvo tan formidable rival como Demóstenes; por lo que solía decir que mas le temía en la tribuna, que á un ejército formado en batalla. En efecto, este orador tan elocuente, era demócrata por convicción y amante de las glorias de su país; y como decidía la mayor parte de las cuestiones que se agitaban por aquel tiempo, era muy peligrosa la oposición de semejante hombre para quien aspiraba á subyugar á Grecia. Pero si por otra parte fijamos nuestra atención en los obstáculos que tuvo que vencer para brillar un día entre los demás oradores, nos admiraremos de su constancia en el estudio y de la fuerza de voluntad que en tan alto grado poseía. Enfermo, tardío en la pronunciación y de una presencia poco favorable, pudo, ayudado del estudio y de su gran talento, decidir los negocios mas áridos, confundir á sus adversarios con la admirable fuerza de sus razones, y obtener la palma de la victoria en los debates públicos. Su elocuencia ha sido comparada con justicia á un torrente impetuoso que arrebatara cuanto encuentra en su veloz carrera. Hoy, después de tantos siglos, no podemos leer sus discursos sin sentir hondas conmociones.

En Roma no encontramos vestigio alguno de elocuencia hasta que reemplazada la autoridad real por los cónsules y el senado, el poder de la palabra fue un móvil poderoso para subir á los primeros puestos de la república. En un principio la oratoria política de este país fue grave y templada, porque el orador se dirigía tan sólo á los hombres mas ilustrados cuales eran los patricios; pero cuando poco después se crearon los tribunos del pueblo, tuvo que seguir dos senderos distintos; en el senado se distinguió por su gravedad, aunque admitió mas adelante mucho

calor y movimiento; en las juntas populares fue enérgica, libre y vehemente. Cicerón en su libro de claros oradores nos ha trasmitido una historia crítica de la elocuencia romana. Por ella conocemos muchos nombres que de otra suerte no hubieran llegado hasta nosotros. Entre los primeros oradores nos habla de Catón el Censor y de los Gracos. Elogia la fuerza y vigor de aquel, y la precisión y verdad del lenguaje de éstos, especialmente del menor. De los dos hermanos ninguno pudo perfeccionarse en la oratoria, porque ambos murieron asesinados por los enemigos que les suscitara su ardiente adhesión á los intereses del pueblo. Pero la historia de la elocuencia romana, menos fecunda que la de Grecia, no nos presenta antes de Cicerón orador alguno digno de estudio, si exceptuamos á Craso por la pureza de su estilo, á Antonio por su elegancia y energía, á Catón de Utica, á Julio César, y Hortensio con algunos otros menos célebres. Hortensio es nombrado por su manera elegante y florida, y por haber sido émulo de Cicerón, como Esquines lo fue de Demóstenes; pero sin encono, sin dirigirse las expresiones insultantes que los oradores griegos, pues no lo permitía la diferencia de civilización, ni la amistad que se profesaban. Hortensio fue vencido en la causa del procónsul Verres, como Esquines en el célebre proceso de la Corona. El mas grande orador que que floreció en Roma, es sin duda alguna Cicerón, que logró reunir las buenas cualidades de sus antecesores á la elegancia y cultura que le distinguen. Si anteriormente consideramos á Demóstenes como la expresión unánime de la elocuencia griega, de la misma suerte consideraremos á Cicerón respecto de la romana; pues estos oradores son los mas ilustres que pueden presentarnos ambas repúblicas.

Instruido Cicerón en la literatura griega, en la filosofía y en todas las otras ciencias, que según el mismo afirma, son necesarias para que un orador pueda distinguirse entre los demás, se presentó en el *forum* no para ejercitarse en el arte oratorio, si no para brillar con la elocuencia que la naturaleza y el estudio le habían dado, y para conseguir el triunfo de la justicia. Y no podía menos de alcanzarlo. Profundo en los pensamientos, fluido en la dicción y muy armonioso en el corte y estructura de sus períodos, sabe comunicar á todas sus razones un interés y fuerza tales que arrastra la voluntad de una manera irresistible. Tiene mucho tacto para usar del tono que á cada asunto corresponde, así es que tan pronto le vemos en su elegante oración *pro Ligario* atraerse el afecto de César y herir al acusador con sus propias armas, como esplicarse en lenguaje patético al recordar los robos, torpezas y crueldades del procónsul Verres. También las filípicas, pronunciadas contra Antonio, que pretendía apoderarse del mando, están llenas de fuego; mas ellas le acarrearón la muerte que sufrió con singular firmeza. Murió, pero sus obras pasando al través de las generaciones, son admiradas por todos los pueblos cultos que en ellas ven grabado el sello de la inmortalidad.

Sucumbe el imperio romano bajo la espantosa invasión de las tribus bárbaras del Norte, y las letras, las ciencias y las artes desaparecen, retrocediendo Europa desde el alto grado de cultura en que se hallaba, á la ruda ignorancia de los primitivos tiempos. Entonces á no ser por el cristianismo, la literatura antigua hubiera muerto y desaparecido completamente para nosotros. Las pocas personas que huyendo de la guerra, único ejercicio considerado entonces como noble y honroso, buscaban la soledad y el retiro, se dirigían á los monasterios, santuarios donde se conservaban únicamente los preciosos tesoros de las literaturas griega y latina. Pero descubiertos estos tesoros, lanzada ya por la moderna Italia la

primera luz de la regeneracion en las letras, las artes y las ciencias, aparecen hombres inspirados que aprovechándose de estas circunstancias producen obras admirables en todos los ramos del saber humano. Mas la elo-

cuencia reducida entonces al púlpito y al foro, no encontró donde brillar con todas sus galas, hasta que con la erección de Génova y Holanda en repúblicas y de muchas monarquías de Europa en gobiernos repre-

sentativos, se abrió un vasto campo donde el saber y el talento pudieron alcanzar claros honores. A él se lanzaron muchos hombres ávidos de poder y gloria; y Francia, Inglaterra y otras naciones produjeron oradores, que si



PUENTE DE EL-KANTARA, SOBRE EL RIO RUMMEL, EN CONSTANTINA.

bien no alcanzaron en fuerza y vehemencia á los de las antiguas repúblicas, los superaron en la abundancia de principios y en la lógica solidez de sus razones, por lo cual son muy apreciables. Hasta el presente siglo, España no ha tenido ocasion de dar muestras de la feliz disposicion de sus hijos para este noble ramo

de la literatura; pero en el corto tiempo que llevamos de gobierno representativo, se han pronunciado desde nuestra tribuna discursos, que á lo menos igualan á los mas selectos que pueden presentarnos otras naciones.

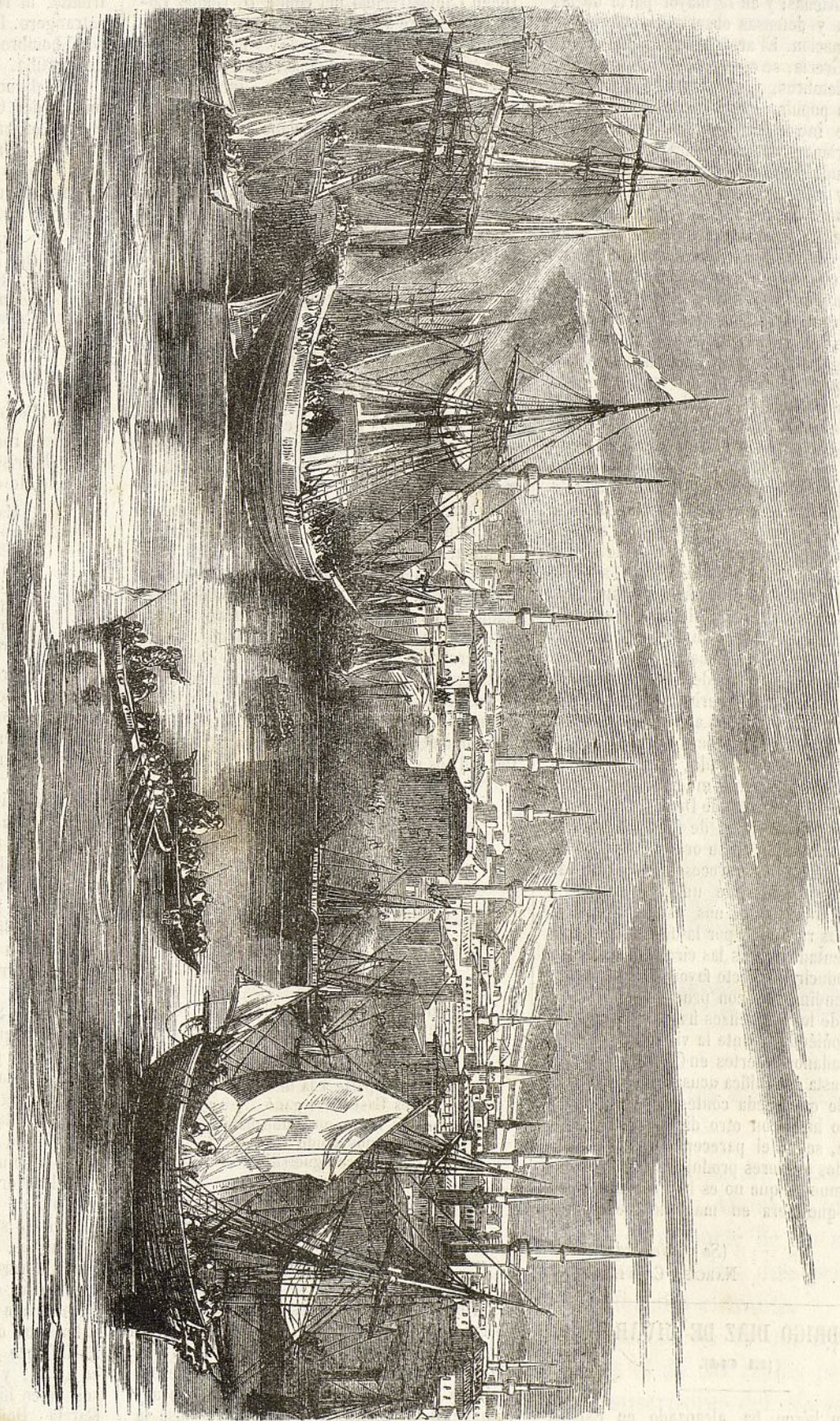
Si examinamos ahora la diferencia de civilizacion que existe entre la república griega,

la romana y los estados modernos, se nos presentarán á la vista las causas que tanto distinguen su elocuencia de la que hoy conocemos. Desde que los pueblos de Grecia, libres del dominio tiránico de sus reyes, se constituyeron en repúblicas, vemos que empiezan á florecer las artes, la ciencia, la industria, y en

fin, todo lo que contribuye á la grandeza de su estado. La paz, la guerra, las alianzas, todo se proponia al pueblo ateniense; y este pueblo rey era quien decidia sobre asuntos de tanto interés é importancia. Desde luego se

advierte la grande influencia que tendria el poder de la palabra para resolver cualquiera cuestion; así es que la oratoria era considerada como el medio mas á propósito para engrandecerse. Pero no era bastante presentar los

argumentos con toda la solidéz posible, dirigirse á la razon con pruebas sólidas é incontestables; se necesitaba trasmitir á aquel inmenso auditorio la compasion, el amor á la justicia, el entusiasmo patriótico: en una palabra, to-



ROUTCHOUQ, POBLACION TURCA JUNTO AL DANUBIO.

das las pasiones de que se hallaban poseidos los oradores cuando subian á la tribuna pública. Estos hablaban en un espacioso recinto; trataban de asuntos interesantes para todos, y no tenían que guardar tanta circunspeccion como los modernos. Vemos que frecuentemente abusaron de esta libertad hasta el punto de dirigirse los epítetos mas injuriosos. Entre nos-

otros seria castigado con mucha justicia el que de esta manera traspasase los limites del decoro: entre los griegos no era así. Esquines, hablando con Demóstenes, le dice hombre vicioso y malvado y le echa en cara su nacimiento. Demóstenes llama á su adversario con los nombres de calumniador é infame, y se abandona al encono que le domina. Para el

orador no era otra cosa la tribuna que un campo de batalla, ni veia mas que estos dos extremos: ser vencedor ó vencido: saludado con ruidosos aplausos, ó silbado y escarnecido por la multitud que rechazaba sus proposiciones. En la plaza pública se concedian coronas de oro; pero tambien se dictaban leyes que imponian el ostracismo y la muerte.

La oratoria judicial participaba mucho del carácter enérgico y vigoroso de la política; así lo vemos en la mayor parte de los discursos que han llegado hasta nosotros. Andócides, defendiéndose contra la acusación de Ceficlos, invoca las sombras de sus antepasados: Lisias pinta con mucho calor y movimiento los crímenes que el gobierno de los treinta tiranos cometía en Atenas; y en la mayor parte de las acusaciones y defensas observamos el mismo calor y animación. El areópago, tribunal el más célebre de Grecia, se componía de un gran número de miembros, y por tanto se asemejaba á una junta popular: aquí el orador tenía el derecho de introducir vestidos de luto á los hijos y parientes del reo, para que con sus lágrimas pudieran conmover los corazones de los jueces y mitigar algún tanto el rigor de la sentencia: aquí era más permitido el lenguaje figurado de la pasión, que lo fue en el *forum* romano, y que lo es en los tribunales modernos. Se vé claramente que la oratoria judicial y la política eran muy semejantes, aunque ésta por su gran interés para todos los ciudadanos y por la importancia de los asuntos, requería más fuego, más vigor y animación en el estilo y más profundidad en los pensamientos, caracteres que distinguen la elocuencia griega. En ninguna parte tuvo el orador campo tan vasto donde manifestar el poder que la palabra ejerce en los más duros y obstinados corazones. Rodeado de un inmenso pueblo que se agitaba como las olas de un mar tumultuoso, frente á su adversario, y en presencia de sus amigos y enemigos, no podía menos de poner en juego cuantos recursos le ofrecía su instrucción y su talento para conseguir sus planes y alcanzar la victoria. Así es que en casi todos los oradores griegos de alguna fama, vemos esos arranques apasionados y vehementes que constituyen el verdadero sublime de la elocuencia. Pisístrato y Pericles los tienen: el uno cuando recuerda á los atenienses las glorias de su país, las heroicas acciones de sus antepasados: el otro, cuando hace el elogio fúnebre de los guerreros muertos en defensa de la patria. Las arengas de Demóstenes parecen escritas con un buril de fuego. Esquines también es admirable en su oración contra Demóstenes en el célebre proceso de la Corona. Esta oración, producto de un gran talento y de un estudio profundo, nos asombra por la fuerza de sus razones y por la destreza con que están presentadas todas las circunstancias que pueden producir un efecto favorable. Ya se dirige al entendimiento con pruebas sólidas, ya al corazón de los atenienses hablándoles de sus héroes y poniéndoles ante la vista las sombras de los ciudadanos muertos en Queronea. Cuando leemos esta magnífica acusación, nos parece imposible que pueda contestarse; pero Demóstenes lo hizo con otro discurso más elocuente aun, según el parecer de los críticos. ¡Tan grandes oradores produjo esa Grecia, escuela del mundo, que no es hoy ni aun sombra de lo que fuera en más dichosos tiempos!

(Se continuará.)

NARCISO CAMPILLO.

RODRIGO DIAZ DE VIVAR, (El Cid).

Ningún héroe ha alcanzado en España más grande y justa celebridad que el Cid. Nacido en la época azarosa en que las huestes sarracenas se enseñoreaban de las dos terceras partes de nuestra península, apenas pudo sostener una espada lanzándose á la carrera de las armas y dió principio á sus prodigiosas hazañas robusteciendo el poder en la parte de territorio que conservábamos y ensanchando los límites de los reinos de Leon y Castilla.

La poesía popular halló en sus hechos

asunto abundantísimo para sus cantos, la religión cristiana un baluarte inespugnable, y la juventud un modelo de virtud, caballerosidad y bizarría.

Nació en Burgos por los años de 1025, de una de las primeras familias de Castilla. La primera vez que le nombran las crónicas y romances es refiriendo el agravio que su padre Diego Lainez recibió del conde D. Gomez Lozano. El pobre anciano, viendo su rostro mancillado por la mano del conde, y no permitiéndole sus años tomar venganza, acude á sus hijos y el menor de ellos, Rodrigo, jura lavar la ofensa, reta al conde, le vence en igual combate y presenta al anciano la cabeza ensangrentada del conde.

Desde entonces voló su fama por todos los ámbitos de Castilla, sus entradas en tierras de moros, los arduos que empleaba para vencerles y el ardor que mostraba en los combates, le conquistaron un renombre que lejos de menoscabarse en ningún caso fue en aumento hasta la muerte de este héroe extraordinario.

Apaciguadas las desavenencias de Castilla, revolió Rodrigo contra los moros sus naturales enemigos y alcanza una victoria en Montes de Oca quedando prisioneros en su poder cinco reyes moros: este hecho le valió el sobrenombre de Cid, que en árabe significa Señor. Los moros quedaron sus tributarios de allí adelante.

Ocurrió por entonces que el rey Fernando de Castilla tomó el título de Emperador, determinación que ofendió al de Alemania Enrique II, quien recurrió al Papa á fin de que hiciese saber al de Castilla que estaba obligado á dar al César lo que era del César, esto es, á rendirle parias y tributo. Juntó D. Fernando los grandes del reino para consultarles y opinaron varios que debía rendirse al vasallage; levantóse entonces el Cid y habló de modo que el rey se decidió por la negativa. Los romances de aquel tiempo ponen en boca del Cid los siguientes versos:

Rey Fernando, vos nacistes
En Castilla en fuerte día;
Si en vuestro tiempo há de ser
A tributo sometida,
Lo cual nunca fue hasta aquí,
Gran deshonra nos sería;
Cuanta honra Dios nos dió
Si tal faceis es perdida.
Quien eso vos aconseja
Vuestra honra non querría,
Ni de vuestro señorío
Que á vos, rey, obedecía.
Enviad vuestro mensaje
Al Papa y á su valía
Y á todos desafiad
De vuestra parte á la mía.
Pues Castilla se ganó
Por los Reyes que ende había:
Ninguno nos ayudó
De moros á con guerrilla.
Mucha sangre les costó
La vida me costaría
Antes que pagar tributo
Pues á nadie se debía.
El Rey lo tuvo por bien
Lo que el buen Cid le decía, etc.

Tomada tan digna resolución, que debía sostenerse con las armas, partió el Cid al frente de diez mil lanzas, y pasando el Pirineo, le salió al encuentro un poderoso ejército mandado por Raimundo de Saboya y compuesto de alemanes y franceses; dióse la batalla, y aunque las fuerzas contrarias eran superiores y los enemigos peleaban con el denuedo que les daba la seguridad de que el territorio era suyo, quedaron rotos y vencidos, y el de Saboya en poder de Rodrigo. Tratóse del rescate, y hecho juramento de que jamás haría armas contra España, obtuvo su libertad dando en rehenes á una hija que tenía de singular hermosura, de la cual enamorado el rey tuvo de ella un hijo que fue cardenal

andando el tiempo. Prosiguió su marcha el vencedor; y como otro ejército francés le saliese al encuentro, lo deshizo como el primero, sabido lo cual por el Papa y el Emperador, le enviaron un mensaje para que detuviese su marcha, pues estaban ambos conformes en que D. Fernando llevase el título de Emperador sin dar á nadie cuenta de sus actos ni pagar tributo, ni rendir vasallage á ningún príncipe extranjero. De este modo, por el arrojo de un solo hombre, se conquistó la independencia de Castilla.

Es digno de mención el singular casamiento del Cid con Doña Ximena la hija del conde Lozano, muerto á manos de aquel. Las crónicas y romances están acordes en este hecho, pero suponen muchos que la misma dama pidió al rey la mano del Cid con estas palabras:

Hija soy yo de D. Gomez
Que en Gomez condado había;
D. Rodrigo de Vivar
Le mató con valentía.
La menor soy yo de tres
Hijas que el conde tenía,
Y vengo á os pedir merced
Que me hagais en este día,
Y es que aqueso D. Rodrigo
Por marido yo os pedía.

Otros romances escriben que el Cid, notando la tristeza de Ximena al tiempo de darle la mano, le dijo:

Maté á tu padre, Ximena;
Pero no á desaguizado,
Matéle de hombre á hombre
Para vengar cierto agravio.
Maté hombre y hombre doy:
Aquí estoy á tu mandato
Y en lugar del muerto padre
Cobráste marido honrado.

Celebráronse las bodas en Burgos con gran aparato y fiestas públicas que costearon los reyes como padrinos, llevándose á los novios á comer á su palacio y haciéndoles riquísimos presentes de piedras preciosas y vajillas.

Al par que eternas disensiones de los moros debilitaban sus fuerzas y poderío en el territorio que pisaban, aumentaba la preponderancia de Castilla con los triunfos del guerrero conocido ya en toda Europa con el nombre de *El Cid*. Los reyes de Sevilla y Córdoba pagaban ya tributo á los cristianos. Sostenían guerra asoladora uno contra otro los reyes de Granada y Sevilla. Salieron los más afamados guerreros de la primera ciudad camino de Sevilla, auxiliados de muchos caballeros cristianos. Salieron al encuentro el Cid intimándoles que respetasen al de Sevilla aliado de su rey, pero el fogoso escuadrón desprecia las amonestaciones y entra en el territorio enemigo á sangre y fuego. El Cid reúne sus huestes, derrota á los moros y entra en Sevilla cargado de despojos al frente de sus tropas seguido de un gran número de prisioneros.

El ardor belicoso de Fernando no daba un instante de respiro en las cosas de guerra. El Cid le seguía á todas partes, secundaba sus miras, disponía y ordenaba las expediciones y rara vez dejaba la victoria de coronar sus nobles esfuerzos, extendiendo sus correrías hasta el reino de Valencia y haciendo tributarios de Castilla á varios reyes moros. La muerte sorprendió al monarca en Leon en 1075, y habiendo dividido el reino entre sus cinco hijos D. Sancho, D. Alonso, Don García, Doña Urraca y Doña Elvira dió margen á que la ambición del primero sumiera al Estado en las más desastrosas calamidades.

Un solo hecho empaña como leve sombra la vida del Cid, y es el haber servido á Don Sancho en la guerra injusta, cruel y feróz que este monarca emprendió contra sus hermanos hasta despojarles de sus reinos. No se halla completamente probado, si bien lo refieren algunos autores, que Rodrigo representase al rey lo injusto de sus pretensiones, lo cual acarrearía

á este héroe en concepto de aquellos la caída de su privanza y el destierro; lo mas probado es que ayudó al rey en tan odiosa empresa; así lo hallamos confirmado en varias historias y en todos los romances de la época; pero en el episodio de la guerra contra Doña Urraca, el Cid se mantuvo al lado de Don Sancho tomando una parte puramente pasiva y conciliadora sin querer sacar jamás su espada contra una dama.

(Se continuará.)

MANUEL JUAN DIANA.

ANTE LA TUMBA DE MI MADRE.

Raudo se estiende desde monte á monte
Lóbrego el manto de la noche umbría;
Rojo fulgor circunda el horizonte,
Y húndese al fin el moribundo día.

De Peña en Peña el huracán violento
Ruge soberbio con atróz pujanza,
Y entre el airado rebramar del viento
Marmórea tumba la mirada alcanza.

¿Por qué? ¿por qué si en mi delirio ardiente
Llego hasta ti con prepotente brio,
Siento un volcan que me devora hirviente
Fuego tornando el pensamiento mio?

¿Por qué si ansiosa la mirada incierta
Resbala por tus mármoles bruñidos,
Dentro del pecho el corazón despierta
Con profundo anhelar, y hondos latidos?

¿Por qué ante tí convulso y reverente
Cede mi orgullo y mi cerviz se humilla
Y vaga incierta mi turbada mente
Y hondas lágrimas surcan mi megilla?

¡Mas ah! que el viento que á tu lado zumba
Solitaria mansion; lóbrega fosa,
Pregona sobre el mármol de esa tumba
Que allí una madre angelical reposa.

Mi madre, sí; que por la vez primera
Tras largos años con afán contemplo,
Y aquí do hallé su mundanal barrera
Su tumba miro sacrosanto templo.

Por eso aquí se turba la mirada
Y enmudece mi labio balbuciente,
Que delira la mente enagenada
Cuando es tan hondo lo que el pecho siente.

Venid aquí los que llorais de amores:
El bien perdido y la perdida calma;
Venid los que llorais crudos dolores;
Venid, venid los que vivís sin alma.

Unid vuestro martirio á mi martirio;
Unid vuestra amargura á mi amargura;
Unid vuestro delirio á mi delirio:
Vuestra febril locura á mi locura.

Y al comparar á mi dolor profundo
El crudo mal de vuestra suerte fiera,
Preguntadle afanosos á ese mundo
Quién á una madre reemplazar pudiera.

¿Dó bebiera la límpida cascada
Perdido el manantial de su corriente?
¿Quién nutriera la rama desgajada
Si el árbol troncha el huracán potente?

Romped, romped los terrenales lazos
Que os brindan un placer perecedero,
Volad de vuestras madres á los brazos
Que allí bebisteis el placer primero.

Fuente de amor do el inocente niño
Aspira un bien que ha comprender no alcanza,
Que graba en él con maternal cariño
La fe, la caridad, y la esperanza.

Buscad en sus ragazzi la ternura;
Buscad la dicha que llorais perdida,
Quien no encuentre en sus brazos la ventura
Placer no busque en la terrestre vida.

Gozad; gozad embriagador contento
Con inmenso placer, con dicha santa,
Y comprended mi aterrador tormento
Los que podeis gozar delicia tanta.

TEODORO MARTEL.

LAS INDIRECTAS DEL PADRE COBOS.

FÁBULA.

Célebres entre agudos y entre bobos,
Las indirectas son del padre Cobos;
Mas como habrá sin duda quien aprecie
Que le declare alguno lo que fueron
Las tales indirectas en su especie,
Trasládole el informe que me dieron.

Parece, pues, que había
En cierta población de Andalucía
Un convento egemplar, con un prelado,
Siervo de Dios, perfecto y acabado,
Que de ciencia y paciencia era un portento:

Por lo cual, uno á uno,
Dió en irle á visitar á su convento,
Sin qué ni para qué, tanto importuno,
Que siempre andaba el pobre atropellado
Para cumplir las reglas de su estado:
Era portero de la casa un lego,

Catalán ó gallego,
Cobos apellidado,
Bartolomé de nombre, alto, robusto,
De resuelto genial y un poco adusto.
Llamóle el Superior, y dijo: «Mire
Si puede hacer, por indirecto modo,

Que esa gente comprenda
Que de tanta visita me incomodo.

—Yo haré que se retire
La tal familia presto.»

Respondió el monilón.—«Sí, ponga enmienda;
Pero indirectamente, por supuesto.

—Fie, Padre, en el tino de Bartolo:
Para indirectas, ¡oh! me pinto solo.»

Viene al siguiente día,
Madrugando solícito, un molesto:
Llama. Tilin, tilin.... «Ave María.»
Bartolo, sin abrir la portería,
Dice al madrugador: «Hermano, trate
De ir á otro manantial que no se agote:

Desde hoy ningún pegote
Prueba de mi prior el chocolate.»
Oyendo el hombre la indirecta rara,
Se fue brotando bermellón su cara.

Llega un necio en seguida,
Y Cobos dice: «Escuse la venida;
Mientras el cargo egerza de portero,
No entra aquí ni *gandul* ni *majadero*.»

Despedido el segundo visitante,
Cata el número tres.—«Coja el portante,
Prorrumpe el fiero Cobos, usuria:
No está bien entre monjes un *espía*.»

Con una añadidura semejante,
Y en tono proferida nada blando,
Bartolo á cada cual fue despachando;
Y desde entonces al Prior bendito
No perturbó en su celda ni un mosquito.

Contento el Padre y á la par confuso,
Al lego preguntó: «¿De qué manera
Con aquella familia se compuso,
Para que así de verme desistiera?

—Fue cosa muy sencilla,
Mi querido Prior (Cobos repuso):
Cada quisque llevó su indirectilla,
Y huyó de mí la incómoda cuadrilla.
—Cuénteme las discretas espresiones,
Cuya virtud á la razón los trajo.

—Les dije la verdad: Sois un hatajo
De tunos, de chismosos y de hambrones.
—A eso llama indirectas, en efecto?
—Yo nunca en ellas fui mas circunspecto.
—Pues, hermano, mentiras ó verdades,
Sus indirectas son atrocidades.»

Dijo bien el Prior; mas como hay entes
En grado escandaloso impertinentes,
Echaseles también de buena gana
Tal cual indirectilla cobosiana.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PUENTE DE EL-KANTARA.

sobre el río Rummel, en Constantina.

(Africa francesa).

El día 18 de Marzo de 1857, á las siete y media de la mañana, un pilar del cuerpo superior del puente de El-Kantara se desmoronó arrastrando en su caída las dos bóvedas que en él se apoyaban. A consecuencia de este suceso la población de Constantina quedó incomunicada con la ribera izquierda del Rum-

mel, y privada además de las aguas para el servicio público; porque la cañería que la conducía quedó destrozada con la caída de los arcos.

El primer domingo del siguiente Abril, la población corrió en masa al torrente, donde le esperaba un espectáculo notable. Dos pilares del puente de El-Kantara, que habían quedado en pie se hallaban agrietados profundamente. El resentimiento de su parte inferior, causa primera de la ruina del viaducto, inspiraba sérios temores y los ingenieros de puentes y calzadas decidieron su completa destrucción. Al medio día dos cañones de á 24 se hallaban en batería y á los treinta disparos aquellas gigantescas ruinas se hundieron de repente, en medio de una nube de polvo y de un estrepitoso ruido repetido por los ecos del torrente.

El puente de El-Kantara era de origen romano, y aun en nuestros días pocas obras ha realizado la mano del hombre de proporciones tan atrevidas, pues el punto mas bajo de la obra romana se levantaba 57 metros sobre el cauce del torrente.

Los seis arcos superiores fueron destruidos durante la dominación turca, y en 1790, Salah-Bey ordenó la restauración del puente, pero construido con piedra calcárea poco resistente dió por resultado la catástrofe de 1857, de la que se salvó la antigua obra de los romanos.

Aprobada la reconstrucción del puente por el gobierno francés se comenzaron los trabajos de la atrevida obra, y la lámina adjunta representa la vista del torrente, los restos de la construcción romana y las operaciones que se emprendieron en 1857 para su completa reedificación.

Por todo lo no firmado:
GERONIMO FLORES.



REGALO A LOS SUSCRITORES.

Una colección de vistas de la inundación de Alcira á los que abonen el importe de un año de suscripción, en los dos primeros meses del año entrante.

El precio de la colección de vistas es el de 20 reales para los demás suscritores del *Museo* y 24 para los que no lo sean.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.



EL AÑO QUE MUERE Y EL AÑO QUE NACE.